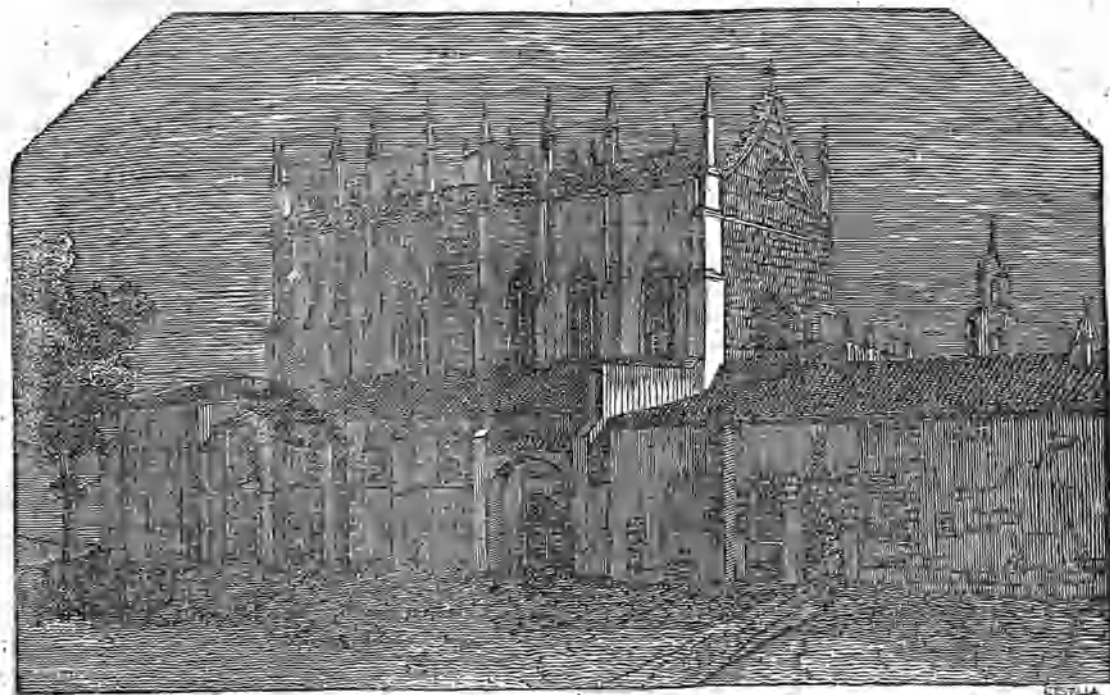


ESPAÑA PINTORESCA.



LA CARTUJA DE MIRAFLORES.

ENTRE los monumentos que uniendo á la magnificencia de nuestros reyes el esplendor de la religion y de las artes, lisonjaban el entusiasmo nacional, es muy digno de atencion el monasterio de Cartujas conocido bajo el nombre de *Miraflores* distante media legua de Búrgos con direccion á Levante. Ora le considerémos en sus tiempos primitivos como palacio real, fundado para holganza de los monarcas de Castilla, ora como un asilo de meditacion y de virtud, despues que la piedad de los mismos reuniera bajo sus consagradas bóvedas á los hijos de S. Bruno, aparece siempre interesante, magestuoso y digno de figurar al lado de los primeros edificios en las páginas de nuestro *Semanario*.

Enrique III de Castilla apellidado el *Doliente* fue quien movido por la deliciosa calidad del terreno y proporcionada distancia de la corte, resolvió edificar un palacio que dominase la frondosa vega del Arlanzon, y el inmenso panorama que el horizonte desplega en torno, por lo que su fundador impuso á este sitio el título de *Miraflores*. La vida, empero, activa del rey y su salud quebrantada le condujeron bien pronto al sepulcro; y entrando su hijo D. Juan el II en posesion del palacio recién fundado por su padre, quiso ofrecerle á Dios y á la religion Cartuja, que por entonces comenzaba á propagarse con universal aceptacion. Apenas el rey manifestó su piadosa intencion al capítulo mayor de la órden, se presentaron en la corte dos priores comisionados del Ilmo. general para demandar al rey las cédulas conducentes á la mas pronta adquisicion de Miraflores; y en efecto, las obtuvieron, é hicieron valer en 24 de febrero del año 1442, quedando establecidos allí como primeros moradores Berengario Struz, monje de Aniago, un lego, y un criado destinado á su servicio.

Apresuróse el prior de *Scala Dei* (Cataluña) á reducir el palacio de Miraflores á forma de monasterio, y con tal calor emprendieron la obra, que el día 1.º de

pascua de Pentecostes de aquel mismo año se celebraron ya los divinos officios segun el rito de la órden; y en el día de 1855 quedó todo consagrado, fijando por titular del monasterio á nuestra Señora, cuya advocacion conserva hasta el día.

Para ocurrir á la subsistencia de los monjes, vino el rey en concederles las tercias reales perpetuamente, cuya donacion enriqueció tanto la casa, que en el año de 1452 sostenia una comunidad de mas de veinte individuos, la mayor parte sacerdotes entregados á la observancia del instituto.

Quando parecia haberse consolidado la obra y fundacion del monasterio, merced á la proteccion del monarca y comedimiento de los monjes, orijinóse un horroroso incendio que en breve tiempo redujo á payesas todo lo recién fabricado, juntamente con lo que quedaba de los antiguos palacios; mas con la extraordinaria circunstancia de quedar ilesos todos los habitantes, á pesar de la súbita aparicion y rápido progreso de las llamas. Tal incidente llenó de tristeza á los monjes, quienes comunicaron pronto aviso á D. Juan, pidiéndole al propio tiempo se serviese manifestarles su voluntad acerca de su traslacion ó permanencia en Miraflores, pues que ellos no poseian el caudal suficiente á reparar el estrago que el incendio ocasionára, por ser muy considerable y general. Mas una vez decidido el rey á dejar un rasgo de magestad y de opulencia á sus augustos sucesores y tiempos futuros, oyó con sorpresa, pero sin mostrarse arredrado, la nueva del desastre; consoló con halagüeñas promesas á los monjes, y usando de la generosidad que le caracterizaba, buscó luego acreditados artífices, y por el mes de mayo de 1454, segundo despues del incendio, se comenzó la reedificacion del monasterio bajo un plan mas conveniente y grandioso, encomendándose el diseño y planta de la iglesia á un *Juan de Colonia*, alemán de nacion, á quien el obispo de Búrgos D. Alonso de Cartajena trajo consigo al

ver del concilio de Basilea, a fin de hacerle concluir las torres ó chapiteles que tanto han ilustrado después á aquella santa iglesia.

Fomentaba el rey con su esplendidez la aplicación y esmero de los operarios, pues les tenía advertido no escaseasen gasto alguno en favor de la obra, suntuosidad de la iglesia, y comodidad de todos los monjes. Pero este aliciente, capaz de infundir aliento, maestría y viva inteligencia en el genio mas apagado, se destruyó con la muerte de D. Juan acacida en julio del mismo año 1454. Trasladaron su cuerpo desde Valladolid á la sacristía de Miraflores, en donde permaneció mientras se concluía la fábrica de la iglesia que á la sazón comenzaba, en cuyo sitio debía quedar enterrado conforme lo dispuso en su testamento.

Gran retraso hizo experimentar á la obra el turbulento reinado de Enrique IV, á quien sucedió después de veinte años su hermana Isabel I destinada por el cielo á labrar la felicidad de su nación, y un siglo de riquezas, de artes, de triunfos y de conquistas. A esta mujer extraordinaria, á esta heroína sin par en los fastos de la historia española, debe el monasterio de Miraflores toda su hermosura y magnificencia, por haberse desde luego propuesto llevar la reina á efecto la voluntad de su padre, vigorizándola con la grandeza de su ánimo. El año de 1488 ya estaba concluida la iglesia: en los años siguientes se trabajaron con todo el lujo de la época los sepulcros de D. Juan é infante D. Alfonso, el altar mayor, y algun tiempo después las sillerías de uno y otro coro.

Por lo que hace al edificio de la iglesia, presenta una puerta mirando al occidente, de un ojival florido, tan bello que con hallarse en Burgos innumerables ejemplares de su época, con dificultad habrá uno que iguale en hermosura á la portada que mencionamos. Entre sus adornos se cuentan el blason de D. Juan el II, y el de los reyes católicos Fernando é Isabel.

Un pequeño pórtico precede á la iglesia, la cual aunque de una sola nave, es espaciosa en extremo. Hacia la mitad de ella se interpone una division que la corta en su longitud con varios ornatos del siglo XVII. Dando frente al altar mayor se hallan las sillas de los venerables que arrimadas á dicha division forman la testera del coro, y estan destituidas de todo adorno ó entalladura: por el reverso á espalda hay dos altares, uno á cada lado de la puerta practicada en el centro, con pinturas del gusto flamenco muy apreciables. En esta porción de la iglesia, apenas se entra, vése el coro de los legos con su sillería del renacimiento, arrimada á las paredes laterales, bien surtido de imágenes, labores admirables y bajo-relieves de mérito. Entre los últimos es bellissimo un St. Gerónimo penitente esculpido en un respaldar de la sillería colocada á mano derecha.

(Se concluirá.)

R. MONJE.

ADVERTENCIA. En el número próximo irá la terminación de este interesante artículo, acompañado de dos bellísimos dibujos y grabados hechos espresamente con todo esmero, representando el uno la silla prioral, magnífica traba joque tiene pocos semejantes, y el otro el admirable sepulcro de Juan el II, el mas rico, bello y elegante de los monumentos reales que existen en España.

Hemos procurado dar toda esta importancia á esta noticia del suntuoso monasterio de Miraflores, porque conservamos una idea muy viva de aquellas inesplicables preciosidades, por haberlas visitado hace poco tiempo, y un recuerdo harto doloroso del abandono con que se mira un monumento, que como tantos otros de su clase, representaba fielmente una época de entusiasmo y de fé, grande para la religion, para la historia, y para las artes.

ACAD. ANTIGUEDADES DE LUGO.

Consideraciones históricas sobre el mosaico descubierto en la calle de Batallales de Lugo en setiembre de 1842, leídas en la sesión que celebró la sociedad económica en 12 del mismo mes por el socio de número D. Francisco Armesto, promotor fiscal del juzgado.—

Si los restos de antiguos monumentos, que donde quiera que se profundice el terreno aparecen por dentro y fuera del recinto que hoy ocupa esta capital, son un testimonio auténtico de la remota existencia de otra población sobre cuyas ruinas se ha levantado la actual; si su imponente muralla coronada de infinitas almenas, de las cuales apenas se encuentran miserios vestigios, mereced al desprecio con que fueron maltratados en edad reciente; si los baños termales situados á la margen del Miño, de cuya celebridad no quedan sino trozos de sus paredes, que todavía desafían á las impetuosas corrientes del caudaloso río; si las inscripciones, monedas, sepulcros, estatuas que á cada paso se descubren al remover el suelo que sirve de techo á la derruida ciudad, manifiestan cual pudo ser su pasada grandexa y poderío, aun estaba reservado á la generación presente el hallazgo de otro monumento que sobrepomendose á todos los anteriores, viviera á patentizar cual había sido la riqueza, la magnificencia, el lujo, y la importancia del pueblo que se ennoblecía con su erección. Tal es el mosaico que acaba de descubrirse en una de las calles principales de esta capital, cuya extraordinaria belleza acuden á admirar sus moradores con aquel profundo respeto que infunden los objetos grandiosos arrebatando los ánimos. Dejaré á manos mas expertas y hábiles la descripción artística de tan importante preciosidad, y me ocuparé solo de algunas consideraciones sobre su origen y destino, aunque receloso de cometer mil errores propios del que ignora hasta los principales rudimentos de la ciencia arqueológica, y del que no ha visitado los grandes monumentos de la antigüedad para saber compararlos con el presente.

Por mas que la fábula ó el preocupado entusiasmo de algunos escritores remontándose á épocas de caos y oscuridad, pretendan dar á la actual población un origen griego, atribuyéndole nada menos que á Hércules, cerca de diez y ocho siglos antes de la era cristiana, puede sin embargo asegurarse con datos histórico-críticos que las primeras noticias ciertas de su existencia, datan desde la dominación romana en los prósperos tiempos de la república como setenta y tres años antes de la era vulgar. Es muy probable que alguna de las legiones que guarnecían á España, haya sido su fundadora, atendiendo al sistema adoptado por el Gobierno de la metrópoli de emplear aquellas fuerzas militares durante los intervalos de paz en la construcción de grandes caminos, sólidas fortificaciones, y otros monumentos partentosos. Así es como se explica la inmensa fábrica de la muralla de Lugo con una estension longitudinal de 2546 varas, una altura media de 12 á 16, una anchura de 6 á 7, y lo que es mas sorprendente, con sus 85 torriones almenados semicirculares y cuajados de muchas ventanas, de cuyas vidrieras de gran celebridad, según Molino, «se conservaban en el año de 1550 pedruzcos gruesos y blancos,» habiendo llegado hasta nosotros algunas de las almenas que tambien desaparecieron. Augusto elevó la población á la categoría de colonia romana, bajo el nombre de «*Lucus Augusti*,» con todos los privilegios

de tal, lo que confirma el hecho precedente, porque sabido es que las colonias solian formarse con los soldados veteranos de las legiones. Dividida la España en las tres provincias de Bética, Lusitania, y Tarracense, fue Lugo uno de los conventos jurídicos de la última, pasando en tiempo de Constantino el Grande á ser uno de los tres que componian la nueva provincia: Gallicia ó de los galecos. Según el Sr. Ceán Bermúdez en sus antigüedades romanas, entonces llegó á la época de su grandexa é importancia política; «tenia templos magníficos, teatro, anfiteatro, curia ó tribunal y otros muchos edificios,» de que son restos los monumentos sobredichos, incluso el bellissimo mosaico que casualmente acaba de desenterrarse despues de diez y ocho siglos. En efecto, si se precinde de las consideraciones artísticas que suministra la comparacion de las construcciones romanas; hay todavía datos históricos para persuadir que la presente solo puede pertenecer á la edad referida, no siendo obra de tiempos posteriores. Destruído el imperio romano por el impetu de las naciones bárbaras del Norte, que á manera de torrente ó lava asoladora se estendieron por todos sus confines, con igual suerte á la Peninsula ibérica, y tribus inmensas de godos, vándalos y suevos llevaron en pos de sí el aniquilamiento de cuanto tenia el nombre romano. A los últimos tocó en despojo el territorio «Galeco»; y mas feroces, mas sangrientos, mas poseidos de su odio encarnizado hacia los vencidos, nada dejaron que no fuese victima de sus estragos y desolacion. Tal debió ser la suerte que cupo despues de cuatro siglos de opulencia á la colonia augusta; y sus templos, sus teatros, sus edificios desaparecieron para convertirse en miserios escombros, sin que al decir de Rioja, «de todo apenas queden señales,» pero señales tan lastimosas que concentradas en el mosaico que hoy ocupa la atencion pública, obligan á repetir con el célebre vate.

«¡ O fábula del tiempo! representa

Cuanta fue su grandexa y es su estrago.»

Los conquistadores salidos de las cuevas y bosques de la Escandinavia, eran demasiado feroces, para que respetaran las moradas sagradas de las artes, cuyo lujo y molición parecia haberles dado la mitad de la victoria. Así es que ni los suevos en su transitoria dominacion, por mas que hubiesen tenido en Lugo su corte, según afirman algunos escritores siguiendo á Idacio, ni los godos sus vencedores supieron durante los tres siglos de su imperio conservar, reparar ni reemplazar los objetos que habian á caído los golpes de sus hachas destructoras. Vinieron en pos los árabes, y aunque conocedores de algunas ciencias y de las bellas artes, apenas sentaron su planta en Lugo, cuando turieron que abandonarla. Así se comprueba por documentos históricos, citados por Florez y otros autores, según los cuales consta que por los años de 742 al 750 Alfonso I llamado el católico reconquistó esta ciudad, repoblándola y restaurándola por adentro y afuera el obispo Odoario quien dice «haber hallado el solar episcopal desierto é inhabitable.» Desde entonces tampoco volvió á recuperar su primitivo esplendor en la larga serie de siglos que han transcurrido. Ora pues se atiende á su origen, ora á sus vicisitudes posteriores hasta el presente, ora en fin á la comparacion artística de sus vestigios monumentales, viene á resultar como un hecho indubitable que la construcción del mosaico recién descubierto es como los de Itálica, Valniza y otros del tiempo de la dominación romana en la mejor época de su gusto y brillantez en las artes, pudiendo fijarse sino en el reinado de Augusto, que es lo

mas probable, en todo el curso del siglo primero de la era vulgar hasta fines del reinado de Trojano en el año de 117.

No es dable caminar con pie tan seguro en la indagacion acerca de la naturaleza y objeto del edificio de que formaba parte el mosaico. A primera vista se conoce ser un pequeño residuo de otro pavimento magnifico mas estenso, cuyas dimensiones no es fácil calcular. Hace ya próximamente setenta años que al abrirse los cimientos de una de las casas inmediatas por el lado del Sur, se halló un gran trozo del mismo con adornos, basas de columnas, huesos y hastas de animales, y otros fragmentos iguales ó semejantes á los que acababan de descubrirse; suceso comprobado por testigos oculares y personas fidedignas, que demuestran la prolongacion del edificio por el espuesto lado. No es menos cierta su estension hácia el opuesto del Norte, pues que siguiendo el mosaico en esta direccion se delinea y termina incompleto en la vertical que forman los cimientos de las casas contiguas de aquella parte. Al Poniente, y cuando empezó la escavacion, los trabajadores inutilizaron un trozo como de tres varas que era continuacion del que se conserva, y mas allá á una corta distancia se encontraron fragmentos revueltos del mismo, fustes de columnas, algun pedazo de mármol, y grandes porciones de la argamasa sobre que se sustentaba el mosaico. Todos estos precedentes nidos á la amplitud de sus frisos y grecas, á las dimensiones y diámetro de las basamentos allí reconocidos y á otras circunstancias locales, presentan la idea de grandeza y magnificencia del edificio que allí existia. Al discurrir sobre el objeto á que estaba dedicado, viene á pararse en varias conjeturas, á una de las cuales preciso es calificar de mas probable. Entre las obras de ostentacion pública con que se decoraban las ciudades romanas, y debia estarlo la antigua colonia augusta y convento jurídica lucense, figuraban en primer término los templos, cuya existencia aquí asegura el Sr. Coan Bermúdez en su sumario de antigüedades romanas. Mirado con detencion el mosaico, se advierten en sus diversos compartimentos figura simbólicas y alegorias peculiares á algunas divindades del Paganismo. Allí se ven medias lunas multiplicadas y distribuidas simétricamente; seá un hermoso ciervo (por desgracia mutilado y luego destruido en la escavacion); aquí una bellissima cabeza del dios Océano ú otra deidad marina responde á la dignidad y magestad de un templo. Corroboran esta idea el hallazgo entre los escombros de gran cantidad de huesos animales ya petrificados en su estado natural, apareciendo entre ellos algunos colmillos intactos de javalies; lo que hace muy verosímil ser restos de las víctimas sacrificadas á la deidad, que allí se veneraba. Acaso las medias lunas, y con especialidad el ciervo, compañero inseparable de Diana, y al misma naturaleza de los animales inmolados, indiquen ser esta la diosa tutelar de la antigua colonia.

Seame permitido dar cima á estas cortas y desaliñadas observaciones, hijas del deseo de contribuir con mis débiles fuerzas al loable objeto de que no se oscurezca, ni sepulte en el olvido, una antigüedad de tanta estima, que de hoy en adelante formará el mas bello timbre de esta capital. Lugo 12 de setiembre de 1842. — FRANCISCO ABAÑEIRO.

EL ESPAÑOL Y LA VENECIANA.

NOVELA ORIGINAL.

V.

LA CORTESANA.

(Véase el número anterior.)

Antes de que el lector venga conmigo al lujoso aposento de Rosaura Bolbini, cantarina italiana, debo hacerle una advertencia, que le servirá de mucho.

Si fuese yo dueño de arreglar á mi antojo la conducta de esa dama aventurera: si pudiera dominar el curso de los acontecimientos; en una palabra, si la historia que me ocupo en narrar no fuese verdadera, aquella no sería tan desenvuelta, ni me viera yo en la precision de trazar algunas escenas que acaso herirán la virtuosa susceptibilidad de ciertas personas. Pero como á fuer de exacto y fiel historiadór solo me es dado seguir el hilo de los sucesos, y por otra parte no soy de los que se empeñan en hallar virtud donde no hay mas que vicio, voy á presentarlo en toda su desnudez, siquiera se me tache de envenenador de la juventud. Estoy intimamente persuadido de que mis pobres escritos no han de hacer á la sociedad mejor ni peor de lo que es, ora tienda un doble velo sobre sus inmundas llagas, ora alze la venda que la cubre, enseñando su podredumbre y la gangrena que las rodea.

Hecha esta salvedad, vengamos á nuestra cantarina, que siempre alegre y bulliciosa, y arrojándose á velas desplegadas en el océano de los placeres, proseguia su inmenso derrótero, entregando unas veces de buena voluntad sus gracias, y vendiéndolas otras, con lo que llenaba los deseos impuros de su corazon, y satisfacía la sordida avaricia que devoraba su alma.

Una mañana de agosto de 1859, recostada Rosaura en un mullido sofá, daba muestras de suma impaciencia, siendo fácil conocer en sus repentinós y bruscos movimientos cada vez que escuchaba ó creía escuchar el menor ruido, que aguardaba á alguna persona, á quien hubiese dado una cita. Representaba esa linda cortesana poco mas de treinta años: su rastro, perfectamente obalado, era hermosísimo, y en su frente, que reflejaba el fuego de sus pasiones, en sus negros y lánguidos ojos, y en su boca purpurina se notaba un sello de voluptuosidad, que no podia escaparse al menos avisado.

Hallábase aquella mañana en ese amable desorden que ha inventado la coqueteria para inflamar los corazones. Un vestido sumamente corto y ajustado, descubria sus bellísimas formas; sus brazos, blancos como la nieve y perfectamente torneados, estaban desnudos; sus cabellos medio rizados caían sobre su garganta de alabastro, y un ligero chal arrojado sobre sus hombros apenas cubria un pecho hermoso, dejando entrever sus mas escondidos encantos. ¿A quién esperaba de ese modo Rosaura? qué mortal dichoso iba á ser dueño de sus ecbizos?—Poco tardará el lector en saberlo, si quiere tomarse la molestia de acompañar á un manecbo de buen talante, que entró en el gabinete de la cantarina con resuelto ademán, precipitándose á su lado sin ceremonia alguna.

Un rato permanecieron silenciosos contemplándose en amoroso delirio, hasta que desprendiéndose el joven del cuello de la italiana, la dijo con acento amoroso.

¿Cuánto he deseado que llegase este delicioso momento! con qué impaciencia he contado los instantes desde que me concediste el permiso de venir á verte! ¿y tú bien mío, anhelabas también este momento de felicidad?

—Sí, dueño mío, respondió la italiana embriagada de placer, y por eso al arrastrarse lentamente el tiempo, me parecían siglos las horas, y cada minuto que señalaba ese reloj aumentaba mi impaciencia en vez de calmarla, figurándome que no había de estrecharte en mis brazos. Ah! cuán feliz soy!... me quieres mucho?... dime tu nombre, para que lo repita sin cesar.

—Me llamo Luis; y tú, paloma mía?

—Rosaura, y soy de Italia: ¿es verdad que las italianas saben amar mejor que otra alguna? Mira, *fanciullo mio*, cuando te ví en el Prado, tan bello, con esos ojos divinos, y esa frente de ángel, me figuré que esta no era tu patria, y que habías nacido como yo bajo el cielo de Florencia: ¿de dónde eres?

—De un país bello como el tuyo, y como el tuyo alegre y risueño; soy andaluz.

—He oído hablar de tu país, y me han dicho que hay en él jóvenes muy lindas: ¿y amas tú á alguna de ellas, *mío cara*?...

—Mi corazón era libre, Rosaura mía, pero ya no lo es, porque tú lo has aprisionado en las redes del amor. Cúdale, amada de mi alma, como á un tierno y delicado pajarillo; sin alligarlo con tus desvíos, ni irritarlo con tu indiferencia, pues podría romper los hierros de la jaula, y perderse en la inmensidad del espacio.

—Oh; no volará: yo le cortaré las alas, y para tenerle contento lo abrigaré en mi seno, y mi boca llevará á su pico la comida: así no deseará otra vida ni otro aire en que volar.

Y al decir esto se arrojó la cantarina en brazos de su amante, tornando ambos á los besos y á las caricias.

inconstante hijo de Venus se apagan con la misma facilidad que se encienden.

VI.

UN ECENTRICO IMPRENTISTA.

Mientras Luis de Laynez y Rosaura Bellini apuraban hasta las heces la copa de los deleites, gemía desconsolada la pobre Coralina, alimentando en su pecho un amor veheméntísimo, que se aumentaba de día en día. En vano su amiga Matilde procuraba distraerla, llevando unas veces á su corazón el consuelo de la esperanza, y aconsejándole otras se desprendiese de un amor insensato, que devoraba su juventud, marchitando las flores de su hermosura. Coralina escuchaba los consejos de su amiga, mas no pudiendo desvanecer su dæmo la razón ni la verdad: pasaba los días condenada al silencio y las noches envuelta en un mar de lágrimas, alimentando en la soledad su desgraciada pasión.

Solo la música calmaba un tanto sus penas, y por lo mismo dedicaba horas enteras al piano, cuyos armoniosos sonidos adormecían sus pesares, alejando un instante de su mente las tristes visiones que siempre la acupaban.

Un día que, después de haber tocado una cavatina de Bellini, entonaba con acento tristísimo una canción tirolesa, sintió tras de sí un leve ruido que la hizo volver el rostro, y al ver el que lo causaba, lanzó un grito, cayendo desmayada sobre las alfombras de su habitación.

Cuando volvió en su acuerdo se encontró en los brazos de Luis de Laynez, que se había apresurado á socorrerla, rociando en su semblante algunas gotas de agua. Desprendióse de él llena de rubor, y sin atreverse á desplegar los labios fué á sentarse en un sillón algo distante del joven.

—Perdone V., señorita, la dijo este, que me haya introducido hasta aquí, sin haber pedido á V. permiso. No he sido dueño de contenerme, y un secreto impulso que no comprendo me ha arrastrado á esta habitación, donde acababan de resonar tan bellísimos acentos. Perdone V., repito, y no forme mal juicio de un encuentro puramente casual.

—Esta V. perdonado, respondió cortada Coralina, y dispénsame V. á su vez por la pena que haya podido tomarse socorriéndome en mi desmayo.

Al oír Luis su voz armoniosa y vibrante, parecióle que volvía á escuchar la canción tirolesa; que aun resonaba en su oído como una música lejana, y ya fuese por esto ó por alguna otra causa, se quedó embebido un momento, creyendo oír la joven un rato después que dejó de hablar.

Cuando se desvaneció su ilusión, fijó sus ojos en la amable niña, y al verla tan linda y rodeada de una aureola de pureza, estuvo por doblar ante ella una rodilla por un movimiento involuntario que con trabajo pudo dominar. Coralina le miraba en silencio con una especie de satisfacción interna, que no se ocultó al experimentado manécho, quien cediendo entonces á una sensación diferente, se acercó á la joven, diciéndola en tono de seguridad:

—La atención con que V. me mira, me hace creer no la soy enteramente desconocido. No es extraño: ¿he entrado tantas veces en esta casa?

—V., caballero, en mi casa? preguntó Coralina algo mas recobrada.

—En la de V. no; pero en la de otra dama que

Pasaba una tarde Rosaura, admirando con su hebeza á los concurrentes al Prado; y deslumbrándolos con su excesivo lujo. Luis de Laynez, á quien el lector no ha vuelto á ver desde la noche del baile, prendado de su hermosura, se acercó á ella con descaro, pintándola un amor apasionado, y pidiéndola una cita. A pesar del fuego que prestó á sus palabras, y del ardor que revelaban sus ojos, nada pudo obtener de Rosaura, que conocedora del mundo, sabia que la indiferencia y el desden son un cebo poderoso para los libertinos, amigos siempre de acometer empresas atrevidas, y de colocar su victoriosa bandera en las mas altas fortalezas.

No se engañó la cantarina, pues cada día vió mas rendido al amartelado manécho, que á todas partes la seguía, y á todas horas rondaba su calle, sin que de día ni de noche cesase en su empresa de conquistar aquel rebelde corazón.

Cuando la cortesana se figuró que la pasión del joven no sería de corta duración, ó mas bien, cuando no pudo sufrir más la violencia que se hacía desairando á un manécho bien parecido, elegante y de menos edad que ella, fingió ceder á la impetuosidad de aquel, fue deponiendo poco á poco su rigor, y acabó por admitirlo en su casa, entregándose con delirio á su nueva pasión, encerrada en el pecho durante muchos días.

Por esto no debe extrañarse que enagenada de gozo Rosaura en brazos de Luis de Laynez, le ofreciese un amor eterno, y que este hiciese lo mismo, sin contar con el tiempo que cambiando los corazones, estingue los mas dulces afectos, y sin tener en cuenta que los fuegos del

aquí vive si creía que ella era sola, mas ven que este nido encierra dos pájaros. Pero ¿por qué mientras el uno busca las llanuras, y apetece la luz del Sol, ama el otro la soledad de los bosques, y lanza sus quejidos como el ruiseñor, oculto entre las ramas del melancólico saucef...

Antes de pasar adelante conviene sepa el lector que desunidas la madre y la hija por la diversidad de sentimientos y la diferencia de conducta, apenas se veían, viviendo las dos en sus respectivas habitaciones como personas enteramente extrañas. Por eso Luis de Laynez no había tenido ocasión de ver á Coralina, ni esta de encontrar al hombre por quien tanto sufría.

Así es que al saber que su madre era su rival, y que mientras ella pensaba, había estado el mancebo horas enteras acariciando en su casa á otra mujer, no pudo contener su aflicción, y rompió á llorar, cubriéndose el rostro con un pañuelo.

Admirado Luis al ver el efecto que en esa joven había causado su presencia, y el que causaban sus palabras, se acercó á ella en silencio, manteniéndose en pie á su lado sin atreverse á interrumpirla en su dolor. Varias veces estuvo tentado por arrojarse á sus plantas, y preguntarla el motivo de su duelo; pero temiendo ofenderla, permaneció en la misma actitud, esperando se calmase el pesar de la afligida niña.

Al cabo de diez minutos clavó en él la joven sus ojos de diente paloma, diciéndole en tono de profunda tristeza:

—«Lo que acaba V. de ver, caballero, le habrá parecido extraordinario, y sin embargo no lo es; cuando el corazón sufre cualquiera impresión, por débil que sea, logra conmoverlo, desgarrando sus delicadas fibras. Ruego á V. olvide esta escena de que involuntariamente ha sido testigo.

—«Es regular no pueda complacer á V., porque si su corazón de V. padece, el mío ha recibido hoy una lesión, que acaso no me será dado borrar. Hay momentos que deciden de la suerte de los hombres, y quizá me encuentre yo en uno de esos instantes en que se olvidan diez años de agitados placeres por una hora de reposo. Por lo demás, apláudo la casualidad que me ha proporcionado el gusto de conocer á V., y de ofrecerle mis respetos.»

Al decir esto hizo una profunda inclinación á Coralina, que le dirigió un ligero saludo lanzándole una mirada apasionada y melancólica.

Cuando salió Luis, cayó la Veneciana en un hondo abatimiento, de que fue á sacarla Matilde con sus caricias y sus reflexiones. Coralina contó á su amiga la entrevista que con el amante de su madre había tenido, las palabras que entre ambos se cruzaron y las angustias que había sufrido al oír de boca del mancebo que no era ella el objeto de sus amores.

Matilde lloró con la apasionada niña, la confortó con sus consejos, y llevó á su espíritu con tiernas y consoladoras palabras la tranquilidad que bien había menester después de la impresión que hubo de causarle el repentino encuentro con el joven de Villa-hermosa, y la imprudente confesión que salió de sus labios; verdadera y única causa de la aflicción que manifestó la enamorada Coralina.

VII.

LA PASIÓN HERMANADA CON EL DESPENO.

En vez de dirigirse Luis de Laynez, como parecía natural, á la habitación de Rosaura, se encaminó á la

suya, pensando en la linda joven de la calle del Clavel, en su amarga aflicción, y sobre todo en su dulce sino acéto, que se figuraba haber escuchado otras vez, aunque no se acordaba en donde ni en qué tiempo.

Todo aquel día se mantuvo en su casa recapitulando los multiplicados lances en que se había visto envuelto; sus muchas aventuras amorosas, y sus variados encuentros, y por mas que trabajó su imaginación, y se colectó los casos, no recordó haber hablado á esa joven bien que su voz no le fuese desconocida. Sin embargo á fuerza de cavilar trajo á su memoria el baile de Villa-hermosa, y apenas se acordó de semejante espectáculo, dióse una palmada en la frente, como anuncio de haber logrado aclarar lo que tan pensativo le traía.

En efecto; habíasele presentado la imagen de la dama azul, cuyo dulcísimo acento conmovió agradablemente su alma, dejándole inquieto y desasosegado algunos días, hasta que fue olvidado esa impresión pasajera en el torbellino de las sociedades; y en el tránsito de los placeres.

Hecho este descubrimiento, corrió á casa de Rosaura, de cuyo criado obtuvo cuantas noticias tiene el lector acerca del nacimiento, educación y ocupaciones de Coralina. Cuando supo todo lo que deseaba, comparó las fechas, calculó el tiempo que había medido desde esa noche con el en que empezó la veneciana á perder su habitual tranquilidad, y las deducciones que sacó le llenaron de gozo, no dudando estaba enamorado de ella; y por eso se desmayó al verle, y derramó abundantes y sentidas lágrimas, hijas probablemente de la emoción que debió causarle aquel encuentro imprevisto.

No pudo atribuir su aflicción á los celos, porque nada la había dicho de sus amores con Rosaura; y si Coralina lo comprendió, fue debido al conocimiento que de la conducta de su madre tenía, y á la satisfacción que creyó ver en el rostro de Luis cuando le dijo que frecuentaba la habitación de aquella.

A la mañana siguiente se fue Luis á casa de las Italianas, y con el pretexto de saber el estado en que se hallaba la joven, á quien el día anterior tuvo la dicha de sacar de un desmayo, se introdujo en su habitación pidiéndola mil excusas. Coralina, que se hallaba con Matilde, le recibió con una política ceremoniosa, dándole las gracias por su atención. Hablóse de cosas indiferentes, y á pesar de que Luis se jactaba de conocer el corazón de las mujeres, no pudo sorprender en Coralina una mirada que acreditase la sospecha que tanto le había halagado. Tal esfuerzo hizo sobre sí misma la pobre veneciana, guiada por los consejos de su amiga. Afortunadamente fue corta la visita, pues á duras un poco mas, su amor la hubiera vendido, á despecho de la violencia que se hacía para ocultar el fuego que devoraba su alma.

El haber salido fallida la esperanza que Luis concebiera, ajeó su vanidad, aumentando el deseo de rendir á esa joven incomprendible, que huyó de él en Villa-hermosa, que perdió el sentido al volverle á ver, que le lanzó aquel día miradas apasionadas, y que al siguiente le recibía con frialdad é indiferencia.

La escribió, pues, un billete apasionado, ofreciéndola un amor ardiente y duradero, que ó no fue creído, ó no pudo conmover el corazón de Coralina, porque contestó á Luis manifestándole agradecía la distinción con que la honraba, y de que no se creía merecedora; pues su pobreza y otras causas, que no estaba en su mano remediar, la alejaban de un joven opulento, bien nacido y digno de una suerte venturosa.

Al firmar Coralina esta carta, derramó abundantes lágrimas como tributo consagrado á la pérdida de su futura felicidad, pues renunciando al amor de un hombre á quien amaba con delirio, se imponía un sacrificio enorme, que habria de hacerla infeliz para siempre, condenándola á un dolor eterno.

Educada por la virtuosa mujer que cuidó de su juventud bajo las reglas mas austeras del deber filial, sin embargo de que nada debía á su madre, que ni la habia criado, ni abrigado en su seno cuando niña, y de quien ni un solo beso habia recibido despues, creia Coralina que el cielo la prohibia arrabatar á aquella su amante, fuese ó no imputa su pasion. Por eso resolvió sofocar la llama que consumia su corazon, aunque hubiese de costarle la vida, y fueron vanas cuantas diligencias hizo Luis, é inútiles todos los medios de que se valió para vencer la constancia y firme propósito de la veneciana.

Semejante desden desesperaba á Luis, que principió á desprenderse de sus antiguos lazos, á concurrir con menos frecuencia á los paseos, á no asistir á las tertulias, y finalmente á olvidar su pasada vida. Afanábanse sus amigos por averiguar la causa del cambio que en él advertian, mas él se obstinó en guardar silencio, y esquivando sus diarias importunaciones, abandonó su habitacion, y se fue á vivir á otra en uno de los barrios mas apartados de Madrid.

Varios dias permaneció en su retiro, entregado al estudio; pero no pudiendo sufrir el estado de inquietud en que se hallaba, volvió á intentar un nuevo asalto contra la constancia de Coralina. A este efecto se valió de Jacobo, y con su ayuda penetró en el aposento de la jóven una tarde que estaba sola. Llorando se arrojó á sus pies, y frenético la pidió su amor ó la muerte. Coralina enternecida, procuró calmarle dándole una ligera esperanza, mas viendo que esto no bastaba, le tendió su mano sin poderse contener, y Luis iba á arrojarle en sus brazos cuando entró Matilde. Dominó el jóven su emoción, y se retiró á poca, llevando grabado en su frente el sello de la alegría.

Matilde y Coralina estuvieron juntas largo tiempo hablando en voz baja, sin que Jacobo, que se hallaba en una sala contigua, hubiera podido saber de qué trataban. Cuando salió Matilde se quedó la veneciana sumida en una profunda distraccion, de que Jacobo fue á sacarla á deshoras de la noche, presentándole la cena. Nada tomó Coralina, y se acostó sumamente abatida, no cesando de llorar hasta muy tarde, que vino á acariciarla el sueño, cobijándola bajo sus alas.

(Se concluirá.)

JOSE MANUEL TENORIO.

RECUERDOS DE UN VIAJERO.

RONDA.

El primer aspecto de Ronda es realmente asombroso. Esta ciudad está edificada sobre dos montañas separadas entre sí por una profunda abertura, que no merece el nombre de valle, pues que apenas tiene veinte pies de anchura, aun en su parte superior; y esta abertura en su interior da paso á una cascada natural formada por el rio en las salientes de las rocas, y cuyo lecho se encuentra á muchas centenas de pies por bajo de la ciudad; semejante situacion da lugar á los caprichos mas originales

de la naturaleza; así como tambien á los mas primordiales efectos del arte; y cuando se reflexiona que en aquellas elevadas crestas, sobre aquel formidable torrente, que la imaginacion supone solo accesible á las águilas y á los buitres, se halla establecido un pueblo culto, alegre y risueño, es para no acabar de volver de el asombro y extrañeza.

Los dos extremos de estos precipicios habitados, se hallan reunidos por su puente muy corto, aunque uno de los mas elevados que existen: la cabeza del viajero titubea al pasarle, contemplando el abismo que domina á mas de trescientos pies, y oyendo rugir el torrente, aprisionado en las aberturas de la montaña, y describiendo luego una gran curva para precipitarse en una blanca nube de espuma hasta el fondo del valle. Esta abertura y magnífica cascada es lo que se llama *El Tajo de Ronda*.

El puente corona aquella asombrosa perspectiva; y está formado de dos solos arcos estrechos, colocados el uno sobre el otro para mas completa seguridad. Cuando se baja á contemplar el conjunto de este admirable cuadro, crece el asombro, y el alma entusiasmada sueña entonces con aquellas colosales imágenes que nos traza Milton, y oree asistir á una de las primitivas luchas entre el hombre y la naturaleza. Vistos desde lo alto del puente, los hombres y los árboles apenas se distinguen en el fondo, y fatigados los ojos con el desigual, inmenso y variado espectáculo, descienden á fijarse por un momento en la retirada llanura para reposar un momento en su humilde tranquilidad.

En las partes mas salvajes del precipicio, gracias á la distancia y á la oscuridad del fondo, se cree divisar el movimiento oscilatorio de los árboles, los variados matices de la verduras, y los risueños coloridos de las flores. Todos estos accidentes, mas ó menos brillantes, segun las horas del dia, prestan á este cuadro una enonacion mágica, sublime, y única, aun entre lo mas admirable de la encantada Andalucía. Y cuando se piensa que todo esto se halla ignorado del mundo, de la Europa, de la España misma, cuánto no habrá de felicitarse el viajero, que tuvo la decision de arrostrar las fatigas de la travesía!

Ronda es el Tivoli de Andalucía, menos bello si se quiere, pero mas asombroso, mas pintoresco que el de Italia. Echase luego de ver que Horacio y Mecenas no habitaron estos sitios; no se encuentran, es verdad, en sus inmediaciones monumentos antiguos ni maravillas del arte moderno; pero la imaginacion se remonta á su aspecto á los tiempos primitivos del mundo; los ojos se burlan de contemplar bellezas naturales, y la memoria queda tan hondamente afectada por este gigantesco cuadro, que es imposible olvidarlo, una vez visto, y el viajero datado de sentimiento tendrá toda su vida presente á la mágica Ronda, con su puente lanzado entre el cielo y el abismo, su espantoso tajo, el salto de sus aguas espumosas, sus montañas de vermellon y de mármoles, sus hombres, morenos, airosos; sus mujeres elegantes y bellas; sus bríosos caballos, que vuelan trepando por las escalrosidades de las montañas.

No hay que olvidar que á todos los placeres positivos de la vista, y á los fantásticos de la imaginacion, se junta aquí otro placer mayor, cual es el de decirse á sí propio: «No solamente esto es hermoso, sino que es ignorado» — De suerte que en medio de una nacion civilizada, experimenta el viajero aquella grata sensacion que pudieron tener los descubridores de países remotos. El puente de Ronda es obra del siglo anterior, y antes que existiese, estaba completamente dividido á la ciu-

dad en dos partes, pudiéndose hablar desde ambas, pero necesitándose media hora larga de rodeo para pasar de una á otra.

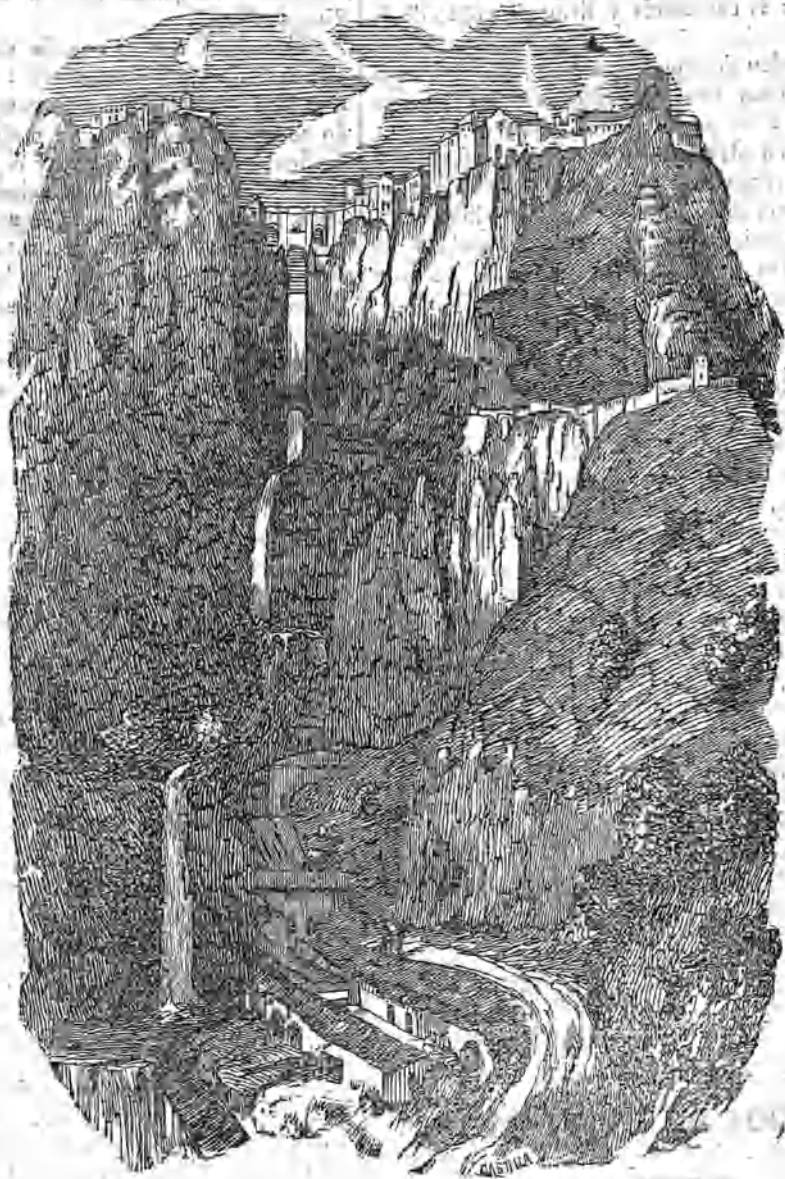
Esta mansión de síldas y de onduas es una de las mas alegres de España, y no parece sino que el vivir en ella consiste en olvidar las penalidades de la vida. ¿Qué descubrimiento para las personas disgustadas del mundo! No es esto la vida común, es otra existencia, otra naturaleza, otra manera de apreciar las cosas: las teorías políticas aquí no encuentran dónde hacer mella; la fortuna de existir tiene demasiado atractivo para los habitantes, y ocupa todo su tiempo.

La sola contradicción que me chocó en Ronda, es el ver de tiempo en tiempo algunos trages modernos, aunque á Dios gracias todavía en minoría, sin duda porque

los sastres y modistas no se avienen bien con los precipicios. — ¡Dios preserve á Ronda de su invasión!... El día en que dominen allí nuestras modas, en ese saldrá des-terrada la poesía.

La carestía y las dificultades del viaje cerrarán aun por largo tiempo el camino de Ronda á los artistas modernos, ignorantes de esta tierra de promisión, de este paraíso terrestre. Un viaje á Ronda bastaría para darles una idea de las maravillas que encierran la naturaleza y el arte españoles. Yo no sé lo que se pensará de Ronda y de la Andalucía entera, morando en ella mucho tiempo; pero para visto de paso puedo asegurar por ciencia propia que es el país que ostenta mas originalidad, mas encanto en toda la Europa.

M. DE C.



(El Tajo de Ronda)

Se suscribe al Semanario en las librerías de *Jordan* calle de Carretas, de *Cuesta y de Paz*, calle Mayor. Precio 4 rs. al mes, 40 por seis meses, y 36 por un año. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos con el aumento de porte.

Sigue abierta la suscripción á los seis tomos anteriores á razon de 30 reales cada uno y 36 en las provincias. También hay algunas colecciones completas de dichos seis tomos á 180 rs.

El día 20 de setiembre se ha repartido á los Sres. suscritores el Semanario por tomos, el de 1839.